

**LE ROBÉ LAS
HERRAMIENTAS A LA
POESÍA PARA CONTAR
LO SUCEDIDO:
PARA DARLE UNA VOZ A LA
HISTORIA HABÍA QUE DARLE
UNA VOZ DE RECLAMO**

Entrevista al escritor Adolfo Ariza

Por: Fabio Silva Vallejo

Profesor e investigador de la Universidad del Magdalena

Grupo Oraloteca



POSSV

La Avianca es un corregimiento de Pivijay en el Magdalena. Desde finales de la de cada de los noventa y hasta el 2005, los paramilitares se ensañaron con la población, asesinaron a lo largo de seis años a más de 40 personas, y obligaron a más de 300 familias a abandonar sus tierras para ser saqueadas por los terratenientes de la región, con ayuda del Bloque Norte y el Frente Pivijay de las AUC. El escritor Adolfo Ariza Navarro, ganador del Premio Internacional Juan Rulfo de Novela Corta de Radio Francia Internacional, en 2009, y del concurso de poesía de la Asociación de Escritores del Magdalena, hijo ilustre de La Avianca, nos permite en esta entrevista acercarnos, desde su memoria, plasma en sus poemas del libro *Regresemos para que nos maten amor*, a la realidad de lo que quedó de su pueblo después del acoso paramilitar.

Fabio Silva (FS): ¿Qué recuerda usted de esos momentos suyos en La Avianca?

Adolfo Ariza (AA): Los recuerdos que tengo del pueblo se presentan hoy en una especie de dicotomía. Lo momentos que fueron buenos durante el tiempo en que el pueblo fue absolutamente desconocido, y los que vinieron después, cuando advirtieron nuestra presencia. Para serte franco, estos últimos no son muy gratos de recordar. Pueblos como La Avianca, donde viví mi infancia y parte de mi adolescencia, fueron felices en tanto estuvimos olvidados por el Estado. Sabes qué, Fabio, mejor que las cosas hubieran seguido así, porque en el momento en que descubrieron nuestra existencia, fue para destruirnos. Eso es lo más doloroso de toda esta historia. Cuando el Estado supo de nuestra existencia fue para arrebatarnos lo poco que teníamos.

Los recuerdos que tengo del pueblo de los años vividos anteriores al periodo de violencia fueron el de una comunidad en paz, en la que, si bien no dejaban de presentarse conflictos, estos nunca pasaron a mayores. La Avianca era una comunidad en la que todos nos conocíamos. Los fundadores eran originarios de otras regiones del Magdalena, de poblaciones como El Piñón, Sabana, Tío Gollo, Remolino o Cantagallar. Que yo recuerde, los colombianos siempre hemos vivido así, arrojados, huyendo de los diferentes periodos de violencia que se han presentado en el país. Los fundadores del pueblo fueron gente que

partió de sus sitios originarios en los años cincuenta del siglo pasado, huyendo del asedio chulavita. Campesinos en su mayoría, dedicados al cultivo o al pastoreo de ganado que huyeron de un periodo de violencia para encontrarse, con el paso de los años, con un nuevo escenario de violencia. Los recuerdos de hoy son los de un pueblo solitario que nunca se volvió a recuperar luego de ser violentado. Es probable que La Avianca no vuelva a ser la misma comunidad que fue luego del desplazamiento forzado. Las personas que regresaron en el tan anunciado retorno no fueron las mismas que en su tiempo fueron expulsadas. Si bien es cierto que regresaron los descendientes de aquellas familias, estos muy poco tenían que ver con las costumbres de los núcleos originarios. Los paramilitares desplazaron familias campesinas; quienes volvieron fueron los hijos o nietos de esas familias, luego de deambular mucho tiempo por diferentes ciudades. El campesino que va a la ciudad y sobrevive en sus calles, adaptándose a cierto sistema de cosas, no vuelve a ser el mismo de antes. La ciudad lo despoja de su raigambre. Le muestra su desprecio, lo curte en el sufrimiento, y pueda que llegue a arrebatarle lo mejor que tiene: su sentido cooperativo y solidario.

FS: ¿Cuál cree usted que fue la razón por la que se ensañaron contra ustedes entre 98 y 2007?

AA: En ese momento el gobierno de la época aplicó una política de tierra arrasada. La idea era acabar con el aprovisionamiento de los grupos alzados en armas. Cortarles la cadena de suministros. Por eso las personas que sufrieron los primeros ataques fueron tenderos. Los paramilitares asesinaron de entrada a todos los dueños de tiendas que había en los pueblo de los alrededores. Llegaban a media noche, en grupos de sesenta o setenta hombres, montados en tractores, asesinaban al tendero y cargaban con la mercancía que encontraban en sus negocios. La verdad, perdimos la cuenta de los tenderos que fueron asesinados. Cuando escuché por la radio el avance de aquella cruel estrategia, tuve una especie de presagio. Me dije: no tardarán mucho tiempo en llegar a La Avianca, y pensé en mi hermana, que era dueña de una de las tiendas del pueblo. En una curiosa forma de la fortuna, mi hermana fue amenazada por un grupo de la guerrilla y tuvo que salir a las volandas una semana

antes de que los paramilitares se tomaran el pueblo. Esa tremenda paradoja la salvó de ser asesinada.

La Avianca, sin quererlo, se había convertido en un corredor estratégico para que células guerrilleras ancladas en las estribaciones de la Sierra conectaran con la Ciénaga Grande del Magdalena, lo que acabó convirtiéndola en zona negra para las autoridades. Un destino nunca buscado. En este trasegar de grupos guerrilleros y paramilitares fue mi hermano mayor quien se ganó el premio mayor de la lotería: no recuerdo de alguien más que haya aparecido en ambas listas de amenazados de los llamados grupos armados ilegales, tanto de la guerrilla como de los paramilitares. Un domingo, un supuesto grupo del Ejército estuvo en el pueblo. Eran hombres curtidos, bien armados, cuya edad media rondaba los cuarenta años. El comandante coincidió en el orinal del billar con Juan Carlos, otro de mis hermanos. Le dijo: “bonito pueblo”. Juan Carlos asintió. Él hombre dijo: “Bonito pueblo, pero... ¿quiere que le cuente un secreto? Se tiene que acabar”. Mi hermano reparó bien en el hombre. No era el tipo de militar que acostumbramos a ver, con todas las piezas de su equipamiento en orden. Juan Carlos se fijó en algo más que le llamó la atención que lo diferenciaba del resto de sus compañeros. Llevaba en el cinto una pistola Pietro Beretta.

El hecho de haber sido clavada en el mapa como zona negra para las autoridades, puso a La Avianca en la mira de los grupos paramilitares. Con el tiempo, el pueblo se insertó en una especie de sándwich. De un lado, en una finca enmontada, se instaló una célula guerrillera, del otro, una base paramilitar. Nosotros fuimos esa carne de un odioso experimento de guerra que acabó como tenía que acabar, el fugaz enfrentamiento que cuento en mi “Poema inicial”.

FS: Usted que fue un hombre nacido en La Avianca, pero que además es un poeta, un narrador, en su libro Regresemos para que nos maten amor, ¿cómo lo articuló con la violencia? Por ejemplo, su poema “El Macondo”.

AA: “El Macondo” fue un trabajo que articulé pensando en el mundo de García Márquez. El Macondo, hoy

día, es una especie en extinción. Por esos días, en las inmediaciones de La Avianca podían existir dos o tres de estos árboles. No podría estar seguro del número, pero sí conocía exactamente la existencia de uno de ellos, tronchado por una tempestad grandísima que hubo. El árbol es el gigante de los bosques caribeños. Sobresale incluso por encima de las ceibas y los campanos y unos árboles lampiños de tallo rosado que en la región se les conoce como bollos de limpio. Una de las metáforas más hermosas que he visto, inventada exclusivamente por nuestros campesinos. Me valí, pues, de la figura que significaba Gabo y de este árbol que en su obra se volvió insigne para solucionar la estructura del poema.

El Macondo

*En la entrada del pueblo hay
un macondo gigantesco
que esperaba por Gabriel.*

Desde ayer, ya no espera más.

*Los hombres que destruyeron
el pueblo dispararon contra él.*

*Sus ramas quebradizas no soportaron
el dolor ni el peso de los ahorcados.*

FS: Anton Chejov decía que el artista era la conciencia de la humanidad. Ante la ausencia de memorias de reparación en La Avianca, ¿cómo traslada usted esa suerte de situación a estos poemas?

AA: Yo siempre he pensado que los escritores somos algo *yoístas*. Hay mucho de prepotencia en lo que hacemos. Decir, por ejemplo, voy a escribir sobre este o aquel tema, no sé. Yo no estaría tan seguro del método. Yo creo que de algún modo los temas nos buscan, nos escogen. Fíjate, Fabio, un pueblo como La Avianca, olvidado de los hombres y del dios de los hombres, ocurre esta tragedia y mira quién está ahí para contarla: un escritor. Fue como si el escritor hubiese sido puesto

ahí para que presenciara, sufriera y, un día, contara al mundo la historia. Parece ser que se necesitaba un escritor allí más que en cualquier otra parte. Yo, que hasta ese momento era un narrador empedernido, acabo convertido en poeta después de los cuarenta años, cuando ocurrieron esos sucesos. Te aclaro que antes yo escribí varios textos narrativos sobre la historia, pero no me convencieron; me sentía un poco frustrado con la narrativa porque no lograba captar toda la dimensión que tuvo ese escenario de violencia. Entonces, me puse a pensar que tal vez la poesía era el medio adecuado y la poesía me dio las herramientas para lograrlo.

De algún modo, el narrador le robó las herramientas a la poesía para contar lo sucedido, para darle una voz potente a ese reclamo, no solamente ante el Estado, o los gobiernos de turno que manejan ese Estado, sino ante los hombres, por permitir que en pleno siglo XX se cometieran ese tipo de barbaries. “El poema inicial”, el texto con que se abre el libro *Regresemos a que nos maten amor*, es precisamente eso, un reclamo. Una proclama que hago, primero, al dios en que creen los hombres por permitir que sucedieran unos hechos que lastimaran de manera tan cruel la conciencia humana y, segundo, a los poetas por no estar cumpliendo su papel de denuncia, de amonestación ante tan crueles conductas, al punto que un narrador tenía que hacerse cargo de recordarles la esencia de su oficio.

Poema inicial

*Ahora que Dios hace la siesta,
y los poetas están dormidos,
voy a iniciarme en un poema.
Hablaré un poco de la vida la soledad,
el recuerdo y el olvido,
los pequeños odios,
las mínimas tristezas.*

*Obviaré a Bart Simpson, el Fondo Monetario, Bojayá,
Bagdad; la pequeña Maggi, James Cameron, la franja
de Gaza, Osama Bin Laden.*

*No diré nada del sur; de los inquilinos de palacio, las
minas quiebrapatas, el gran puente, el gran río, y sus
riveras —foco indiscutible de plagarios y plagiados—.
¡Al carajo la fiesta!, el progreso cómodo, el buen vivir,
la súbita algarabía: Les hablaré de los míos. Empece-
mos por “Fabián”, el paramilitar que vigila, galil en
mano, desde la torre de la iglesia.*

*Abajo, en la cancha de fútbol, en medio de un sol
abrasante, el pueblo inerme, desastrado: Samuel Or-
tiz, Pablo Jiménez, el Flaco Arturo, “Burrito Guapo”,
Lionor Martínez (la cantinera), Juancho Arena (mata-
rife y tendero), Álvaro José, Víctor Ternera, “Pata e’
hierro”... treinta y uno, treinta y dos, treinta y tres...
treinta y seis personas reunidas, alineadas en medio de
la nada. Algunas de ellas hacen parte de la lista que
traen consigo los nuevos sepultureros. Estos, sin prisa,
sin hacer caso del sol, la sofocación, afilan la navaja.
Preparan el acero.*

*Al flaco Arturo lo separan del grupo, le juntan las ma-
nos y le colocan las esposas. Nicolás Orozco siente el
calor, el sudor que desciende por los cuerpos; clama al
cielo. A su tocayo Nicolás Elías lo escogen para seguir
leyendo la lista. Dice mi nombre, el de la Yija y el de
mi mujer.*

¿Cuánto pesa una bala dentro del cuerpo?

*Algunos en el grupo se lo preguntan. Alcides ex-
traña los viejos métodos: el machetazo franco,
el corte de franela, la guillotina, la vieja horca.*

*Se escucha el primer disparo: la muerte con su
presencia justa, puntual. El paramilitar que se
desgaja de la torre de la iglesia destroza con su
cuerpo las láminas del techo y se desparrama en
el altar. Magali Peña lanza un alarido. Javier me
abraza. Suenan otros disparos. El desconcierto
total.*

Todos corren por el peladero de la cancha de fútbol. Nadie atina a adivinar de donde vienen los disparos. Los paramilitares contestan el fuego. El flaco Arturo no sabe qué hacer. Le estorban las esposas. Busca a alguien que se las ayude a quitar. No hay tiempo, todos le huyen, como si estuviera contagiado de una brutal enfermedad. Los hombres armados gritan desconcertados. Hay una guerrillera que los conmina a luchar desde una de las puertas podridas de la cancha de fútbol, como si se dispusiera a tapar un tiro penal. Le disparan. Ella gira sobre sus talones. Se arroja al suelo. Hace un torniquete sobre su cuerpo. Vuelta un polvorín, que a su vez dispara contra los hombres, desaparece, se desvanece en el polvo y en el aire.

El pueblo se desboca por la calle principal. En la huida, Miromel tropieza con un paramilitar. Ambos ruedan por el suelo. El paramilitar se levanta primero y lo coge a patadas por estorbar. Nadie se detiene. Saben a ciencia cierta una sola cosa. Hay que correr, correr, sólo correr.

Ahora pienso en la mañana del día siguiente y el aguacero de invierno. Las puertas cerradas, los grandes candados. Los camiones cargados de cerdos, gallinas y chivos; leña seca, colchones rasgados, mujeres embarazadas y pequeños críos.

Nadie supo quién o a qué horas dieron la orden: había que desocupar el pueblo.

Creo que desde el inicio, el texto plantea que voy a tratar un tema que me lastima personalmente. Cuando hago las referencias sobre James Cameron, Osama bin Laden o Bojayá es porque, en ese momento, era el gran escenario que se vivía internacionalmente. Quería que el poema quedara insertado en un bucle de la historia mundial. Hacía unas semanas había ocurrido lo de Bojayá, y también lo del episodio de las torturas en la cárcel de Abu Ghraib, en Bagdad.

FS: Hay un poema, “El verdugo”, ¿cómo surge ese poema, cómo logra usted construirlo?

AA: “El verdugo” está narrado desde el punto de vista de la víctima.

*Está bien, lo acepto:
tengo miedo;
he entrado en pánico,
he gritado,
he chillado,
he pataleado,
he temblado,
he llorado como un mujer.
Y me pregunto:
¿Qué harías tú, si fuera yo
el que blandiera el hacha y
fuera tu cuerpo y no el mío
el que colgara de las ramas de este árbol?*

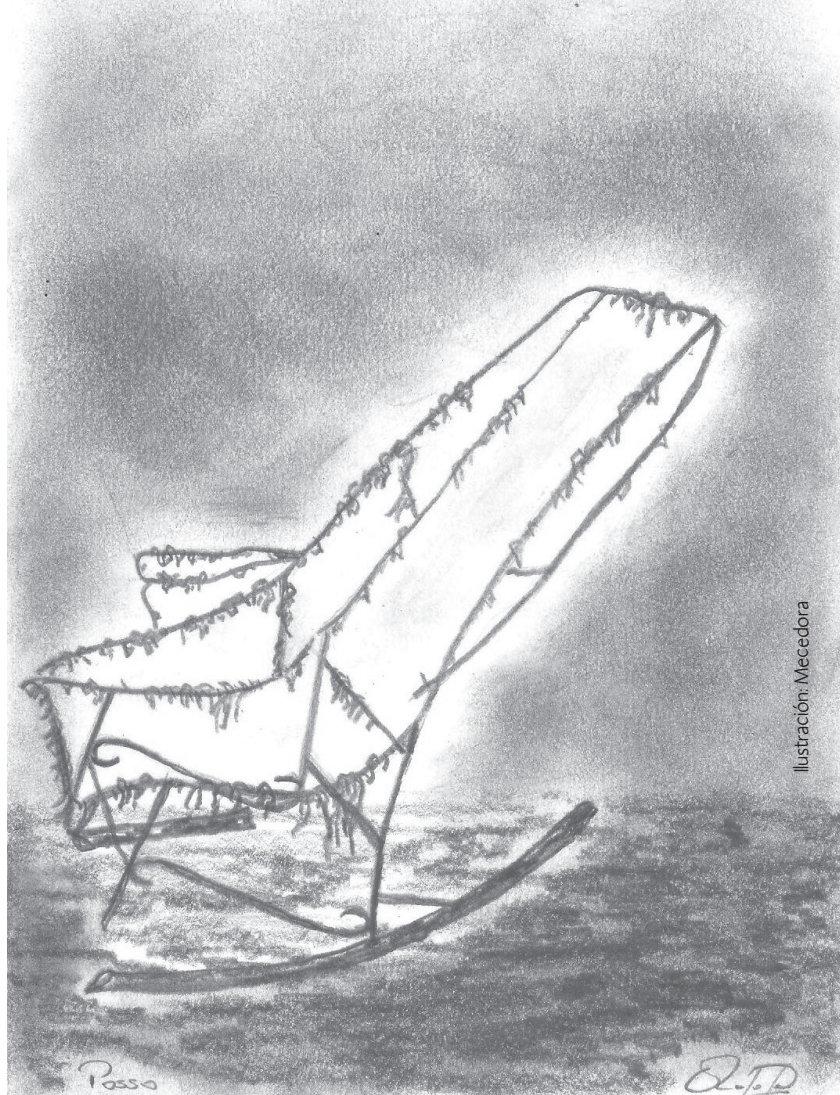
FS: Es la víctima, pero también debe conocer al victimario, ¿no?

AA: El texto intenta mostrar a la víctima ubicándose en la posición de su verdugo, para cuestionar los conceptos de valor o cobardía. En últimas, quien tiene el arma da las órdenes, impone las condiciones, pero ese hecho no le impide verse menos cobarde. A pesar de estar inerme, es la víctima quien tiene el poder, se lo ha arrebatado a su verdugo, al punto que este se ve más desamparado, incluso, que su propia víctima.

FS: El miedo es algo que en mi trabajo como antropólogo, y en todo esto sobre el conflicto es un elemento que no aparece en muchos trabajos porque no es lo mismo describir o narrar desde afuera porque el miedo no existe, digamos, el miedo directo. Usted que sí tuvo acceso al miedo y que vivió en una zona de miedo, y como poeta y como escritor ¿qué es el miedo para usted en estos contextos?

AA: El miedo lo produce la ignorancia, el desconocimiento. En este caso resulta increíble porque el miedo no es producido por un fenómeno natural, si no por el mismo hombre. Fíjate, Fabio, a pesar de que todos somos hombres y que podríamos saber qué piensa el se-

mejante, el miedo en este caso está transferido a una situación en la que, uno, como posible víctima, desconoce el pensamiento de otro hombre. No logras explicarte cómo puede albergarse tal actitud en el corazón de otro ser humano. Uno pensaría que matar no es lo mismo que decirle a una gallada de amigos: muchachos, vamos a hacer un sancocho. Pero ignoras cómo se desarrollan esos procesos mentales en la cabeza de otro hombre. Cómo alguien puede ordenar asesinar y cómo otro puede cumplir esa orden sin despabilarse. Curiosamente, el miedo es lo único que puede hacernos valientes. Fíjate en este fenómeno que parece tan contradictorio. Cuando abusas del miedo, puede que te encuentres con la reacción más valerosa de todas. Cuídate del hombre que llevado por la circunstancias sienta que ha perdido todo, que ya no le queda nada. El miedo podría dejar de ser miedo para convertirse en otra cosa. Hay otro poema en el libro, además de “Al verdugo”, que recoge el tema. Una de las frases que hay en el texto le da el título al libro. Cuando su protagonista dice “Regresemos a que nos maten amor”, entendemos que estamos ante un hombre que ha perdido el miedo, que está dispuesto a enfrentarse a cualquier reto que le plantee la vida.



FS: ¿Hasta dónde todas estas cotidianidades de todos estos pueblos, La Avianca, Santa Rita, Salamina, Salaminita, Media Luna, Caraballo, todos estos pueblos tuvieron años y años de desespero, y cómo lograron vivir en el desespero?

AA: Uno se asombra de la capacidad que tienen los seres humanos para soportar cualquier tipo de situación, ya sea de inequidad o de injusticia. El hombre siempre ha estado convencido que puede llegar a ser perfecto aun viviendo en un mundo imperfecto. Contamos con tal capacidad de aguante que aun sabiendo que las condiciones no son las mejores, reincidimos en nuestra pretensión de ser feliz. No hay que vivir en el pueblo más olvidado del mundo para descubrirlo. Observa el fenómeno a nivel del país: mucha gente sumida en la pobreza sabe que son pocas las posibilidades que tiene de surgir. Por eso se ven obligados a dedicarse a la delincuencia o a la economía ilegal. No les importa el señalamiento, el reproche social. Si el Estado no me facilita las cosas, yo tengo que apañarme como sea. Sería una indecencia pedirles que se dejaran morir de hambre. Antes habría que acabar con el Estado que permite que ocurra semejante atrocidad. Cuando no cuentas con un sistema educativo que te permita desarrollar toda tu potencialidad, seguramente te lanzarás lanza en ristre contra todo lo que permite que exista ese sistema. Si no le ofreces a las personas desarrollar la capacidad que tienen para competir en esta selva de rivalidades, es muy difícil entrar a decirles “Oye, olvídate del narcotráfico. El delito no paga, dedícate a otra cosa”, o: “Tú no puedes salir de ahí, tú tienes que ser pobre toda la vida. La ropa de marca, los autos, las casas lujosas no son para ti”. Ese pedido no lo aceptaría ningún ser humano.

FS: La Avianca, desde 1998, con todas las incursiones paramilitares hasta el 2007-2008 ¿hoy siente usted que el gobierno ha reparado de alguna manera esos años cruentos?

AA: No Fabio, no. Las políticas gubernamentales han sido completamente equivocadas. Además, la participación de intermediarios, casi siempre funcionarios o políticos de renombre, se han quedado con la mejor

parte de la tajada en el asunto de las reparaciones. Ellos manejan este tipo de políticas, son los encargados de implementarla y generalmente abusan de las necesidades y la ignorancia de estas comunidades de desplazados. Si el programa incluye la construcción de una vivienda que conste de una cocina, una sala y dos cuartos, no solamente la construirán con los peores materiales, sino que acabarán amputándole la cocina o uno de los cuartos.

El nuestro, más que un país de políticos, es un país de facinerosos asociados a contratistas. Funcionarios, políticos y contratistas desarman cualquier proyecto, cualquier buena intención. Lo peor de todo es que a nadie la importa. Toda supuesta buena idea que nazca de estas mentes viene pervertida. Entonces arman un escenario de película, contratan los payasos y montan su triste espectáculo. Al final se llevan una fotografía o un video para mostrarle a los jefes que cumplieron, que ya no debe preocuparse, que el programa, llámese de apoyo o de reparación, ha sido un rotundo éxito.

FS: ¿O sea que la única autorreparación que ha habido en La Avianca es su libro de poemas? ¿No hay otra manera?

AA: Fíjate qué curioso: el libro que narró la historia, que es la memoria de los hechos, ni siquiera se consigue. Entiendo que la edición que hizo la Asociación de Escritores del Magdalena fue muy limitada. Y las entidades gubernamentales nunca se preocuparon por reeditarle. A los gobiernos no les interesa conservar la memoria de los pueblos. Saben que esa memoria les recordaría que han sido torpes, que van de tumbo en tumbo, siempre fallando. Pero, claro, hablar de fallo es un eufemismo, porque ese fallo en este caso tiene dolo, es provocado. No ha habido ningún descuido. Lo que ha habido es un ensañamiento violento contra sus electores. Lo que los hace más torpes y miserables. Son perros que muerden la mano del amo que les da de comer. Y que me perdonen los perros por compararlos con los políticos de este país.

El libro, en sí, es la voz del campesino desplazado, violentado. Por eso no interesa, por eso quizá no vuelva a tener el consuelo de una reedición. Son de esos libros que no perdonan, que te cogen a cachetadas, que te di-

cen que estás demasiado cómodo, mientras ves sufrir a tus hermanos. El otro día me contactaron del Centro de Memoria Histórica para pactar una cita, para saber mi opinión sobre el conflicto armado. Me negué a hacerlo. El sujeto que maneja el Centro es un desalmado, pertenece a un gobierno que insiste en negar que en Colombia hubo un conflicto armado. No quería tirar al desierto mis palabras. Esta es la misma gente que negó la posibilidad de que existieran dieciséis curules en el Congreso para las víctimas del conflicto armado. La estrategia es sencilla: si negamos que hubo conflicto, tal como negamos los muertos de la matanza de las bananeras, con qué justificación vamos a implementar curules para las víctimas. No hubo conflicto, luego no hubo víctimas.

Lo que están diciendo estos adalides del negacionismo es que hubo un periodo de violencia que solo existió en nuestras mentes. Yo nunca escribí un libro al respecto. La población de La Avianca, Magdalena, nunca fue desplazada, como no lo fueron todos los pueblos de los alrededores. Nunca hubo cinco millones de desplazados en el país, los nombres de los muertos fueron inventados. En lo que a mí concierne, soy un tremendo mentiroso. Para corroborar su verdad dirán: “¿Dónde está el libro?” Y el libro no aparecerá. Y si el libro no aparece querrá decir que nunca fue escrito, que en estos pueblos nunca ocurrió nada.

FS: En ese poema “Desesperado” usted concentra realmente la realidad del conflicto, o sea, el regreso de la incertidumbre o a la incertidumbre

AA: Sí, es como el último paso que podría dar un desplazado:

Desesperado

*Regresemos a que nos maten amor,
tomemos lo que nos queda,
lo poco que nos ha dejado esta ciudad.
Atravesemos el puente y*

*volvamos a que nos maten.
No olvidemos de llevar con
nosotros el vaso cervecero, las...
el vino de buen corozo,
el hambre, la sed,
las sandalias usadas
y las ganas que no hubo tiempo de gastar.
Dame un abrazo,
enciende la antorcha de luz que
hay en mis ojos
y déjame mirar en los tuyos
la ilusión del regreso.
Preguntémosle a alguien que nos devuelva al
camino de nuestros asesinos y nuestros muertos,
alguien que sepa exactamente el origen de
nuestra primera lucha,
nuestro primer desastre.
Alguien que sepa que hemos
regresado para que nos maten.
Por fin estaremos en casa.*

Es exactamente lo que tú dices. El regreso al infortunio, a lo que no ha sido solucionado, lo que aún está trunco. Es regresar a la desesperanza estando en la misma desesperanza. Creo que es la esencia del poema.

FS: Era el Estado el que debía resolver esto, ¿no?

AA: Y fíjate que el personaje que narra la historia quiere volver, a pesar de que el Estado nada le ha solucionado. Enfrenta el riesgo más grande. Sabe que van a perder la vida, pero le resulta peor opción quedarse en la ciudad, porque, igual, la ciudad los está matando

de manera paulatina. Es preferir cambiar la forma de morir. No creo que exista un crimen más grande que el desplazamiento forzado. Al desplazado le arrebatan todo. No es solo que le quemen la casa, le destruyan el cultivo, le maten los cerdos, las gallinas. Al desplazado le quitan la tierra, el pueblo al que pertenece; sus costumbres, su cultura; los amigos, la gente que le conoce, que pueden dar razones de él, y lo envían a las grandes ciudades donde cree poder salvarse y allí solo encuentra desconfianza, desprecio. Pierde su sitio en el mundo y llega a otro donde no le conocen, donde no tiene nada, donde es nadie. Puede durar 20 años en ese lugar, pero es difícil que pueda adaptarse, a tomarse como suya esa. Hay otro texto en el libro que habla de eso. El hombre le dice a la mujer “Apoderémonos de esta ciudad que ha sido el sueño de otros”. Fíjate, el desplazado llega como ladrón a robarse una ciudad y ya eso es mucho decir, porque, de no tener nada a robarse una ciudad, es bastante. Es la tragedia que hay detrás del desplazamiento forzado.

FS: Mañana cuando encuentres mi cadáver, que ya es otro tipo de narrativa, ¿es el resultado de una mirada suya del mundo?, ¿o es una línea de trabajo suya? ¿Qué es? ¿Por qué escribir así?

AA: *Mañana cuando encuentren mi cadáver* marca una nueva etapa en mi trabajo literario. Pero, igual, sigue siendo literatura de reacción. Alguien me dijo una vez que solo escribíamos los que habíamos sido heridos. Y esta novela no es más que la herida abierta de un país que no para de sangrar. En realidad, el cadáver que menciona el título no es otro que los restos del país que dejaremos de herencia a nuestros hijos. La novela maneja el mismo espíritu de subversión y rebeldía que se respira en cualquiera de mis otros libros. Desde la primera hasta la última página es un sangrar constante. Definitivamente, Colombia no es el país que yo deseo para mí ni para mis hijos. Este país lo soñaron otros, una partida de mediocres. Y el resultado es una colcha de retazo. Como tal, no es mi país. Lo acepto porque no puedo hacer otra cosa, porque geográficamente estoy acá y supongo que tengo que pertenecer a alguna parte. “Ser colombiano es cuestión de fe”, es una frase

que nos regaló Borges. Alguien más decía que Colombia no es un país donde uno vive, sino un país que se sufre. Creo estar de acuerdo con eso. Tal vez todos los países sean iguales, tal vez a todo haya que sufrirlos, y de algún modo si lo sufres es porque le tienes cariño. Entonces, de pronto hay como una mezcla de cosas que permitieron que escribiera un libro de ese estilo, donde las páginas arden en medio del dolor y la rabia y las ganas de desquitarse del mundo. Ya sabes, el personaje de la novela quiere desquitarse porque ha sido herido, ha sido atrofiado por un país atrofiado, que no encuentra su camino en el mundo.

FS: El libro de poemas cierra con un poema o con un relato muy corto que es como la realidad de este país y de eso que usted está diciendo: “El pueblo”.

AA: Claro, Fabio. Fíjate: somos un país con cementerio incorporado. Acuérdate de esas fosas comunes que hay dispersas en toda nuestra geografía nacional. Pensándolo bien, quizá somos eso, una enorme una fosa común. Y uno podría preguntarse: ¿quién mandan en el país? Y no tendría que ahondar mucho para dar con la respuesta: mandan los dueños de los cementerios, los sepultureros de cuerpos, los enterradores. Porque eso es Colombia, una minoría elitista que dirige y que entierra a una gran mayoría.

El pueblo

*Hasta hace unos días,
el pueblo era la finca de un jefe paramilitar
con una gran acequia y un cementerio incorporado.
Por simples medidas de seguridad estaban prohibidas
las velaciones.*

Tiene razón, es el país de un jefe paramilitar, una acequia, pero nos cobran el agua de esa acequia, ¿no? Y un cementerio, y nos cobran el uso del cementerio. Y las velaciones están prohibidas. Creo que es el mejor poema del libro. ■